

## EL “COMERCIO AMBULANTE” COMO RESISTENCIA MEDIADA Y LA ARTICULACION COMO DESEO EN SANTIAGO DE CHILE

Ximena Póo Figueroa

Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile.

[xpoo@uchile.cl](mailto:xpoo@uchile.cl)

### Resumen

Representación, mediación, cotidianeidad, comercio y patrimonio dinámico son conceptos que en este artículo se cruzan para constituir, desde una entrada simbólica y centrada en la ciudadanía, una especie de mapa crítico sobre los sentidos que hoy se juegan en el centro histórico de Santiago de Chile como espacio público en tensión constante con las múltiples privatizaciones que lo disputan. Lo que aquí se pretende es dar cuenta de una serie de discursos de poder registrados por la prensa nacional, que estarían operando para relegar al mundo popular a la vez que éste presiona por articulaciones que permitan distinguir y relevar, en tanto sujeto de políticas públicas, a la ciudad vivida, en movimiento y en sintonía con su monumentalidad. Por tanto, el artículo centra su enfoque en cómo los medios de comunicación movilizan representaciones que luego sedimentarán el sentido común de la cotidianeidad y, por lo tanto, la instalación hegemónica sobre cómo percibimos la ciudad y cómo la vivimos. Y es en los deslindes de este centro narrado donde prácticas como el comercio informal juegan su espacio para articularse en un orden ciudadano, cuyo desorden también lo constituye como parte de las trayectorias de consumo transportadoras de un habitus en tanto realidad supuesta y deseo proyectado en el proceso de modernización. Los discursos y experiencias analizados permiten observar un arte de hacer que se expresa

en la fisura producida por el anhelo del uso público del espacio –la calle como lugar de expresión de libertad ciudadana- y la búsqueda por privatizar ese mismo espacio.

**Palabras claves:** Casco Histórico – Comercio Informal – Mediación.

### **Discursos de poder y ciudad**

La ciudad vivida, explorada en su estructura simbólica y representada en los medios se instala como un campo en disputa, bajo la tensión de la alternancia constante y lo residual como un continuo. Bajo esa estructura, en que se articulan sedimentos culturales, elementos dominantes y normalizadores, y formas emergentes que pueden o no conectarse con lo residual, es donde los pulsos de una ciudad como Santiago de Chile se expresan en torno a la experiencia vivida.

El centro histórico de Santiago de Chile, especialmente la zona de Plaza de Armas y la comprendida entre la Plaza de la Constitución y el Parque Forestal, es un lugar mediatizado, un espacio de significación republicana que irradia al resto del país, como si desde ahí el kilómetro cero diera cuenta de un metraje simbólico relevante. En este artículo las preguntas se centran en cómo la vida de este lugar, en permanente resignificación, está representada en los medios de comunicación de cobertura nacional –por lo que se ofrecen algunos ejemplos- y en cómo esa mediación puede o no articular sentidos de ciudad a partir del juego de poderes entre políticas públicas, elitismo intelectual, estéticas del poder, cultura popular, exclusión étnica-social.

En lo que sigue se busca abrir y profundizar en ciertas interrogantes que cruzan a ciudades de América Latina, así como a metrópolis heterogéneas de países “desarrollados”. Y es que no sólo en esta parte del mundo el comercio informal tiene un espacio mediático; un espacio dotado de una connotación editorial en donde la presión por normalizar, ordenar, institucionalizar es parte de la línea seguida. En ese contexto, el centro de Santiago de Chile es, para los medios “tradicionales” y para una *gobernanza* restrictiva, más bien un espacio que debe ser cubierto desde el punto de vista de la “seguridad ciudadana” y no desde una perspectiva de economía política

cultural crítica. ¿La ciudad como concepto y discurso? De Certeau ofrece una apertura al tema desde la crítica a la organización funcionalista:

“Hoy día, cualesquiera que hayan sido las transformaciones de este concepto, fuerza es reconocer que si, en el discurso, la ciudad sirve de señal totalizadora y casi mítica de las estrategias socioeconómicas y políticas, la vida urbana deja cada vez más de hacer reaparecer lo que el proyecto urbanístico excluía. El lenguaje del poder ser “urbaniza”, pero la ciudad está a merced de los movimientos contradictorios que se compensan y combinan fuera del poder panóptico”. (De Certeau, M., 1996:107).

El espacio público es aquí materialidad y discurso, en donde el centro histórico es sobrecentralidad. Sobre ese supuesto, los medios de comunicación, como –por lo menos idealmente- garantes de que el espacio público se expanda en ideas y tenga un referente en las políticas públicas, generan un tramado en el que el comercio informal es visto como una “anomalía” en el ámbito del orden de la ciudad, y no como una suerte de expresión económica y cultural que requiere de ciertas políticas públicas que no sólo lo observen desde el punto de vista judicial o desde la perspectiva de un Estado represor. ¿Pero de qué “comercio informal” estamos hablando? ¿Da lo mismo un escaparate en la acera en donde se vendan discos piratas? ¿Se puede considerar la venta de comida “al paso” como comercio informal si cumple con las disposiciones municipales, sanitarias y tributarias, pese a que se trata de comercio callejero sujeto a prácticas cotidianas que se establecen como un *habitus* ciudadano?

### **Representar y construir la experiencia**

Los medios de comunicación movilizan representaciones que luego sedimentarán el sentido común de la cotidianeidad y, por lo tanto, la instalación hegemónica sobre cómo percibimos la ciudad y cómo la vivimos. Se trata por lo general –como veremos en los ejemplos citados- de representaciones que dan cuenta de énfasis que apelan a la modernidad como eje del desarrollo y no consideran otras formas, más residuales y emergentes, de relaciones vividas en la ciudad a partir de la articulación entre el espacio público, el flujo cotidiano, la territorialidad cultural y la vivencia patrimonial

constituida por la memoria simbólica y material proyectada en su dimensión dinámica. El énfasis habitualmente no está definido en un plano cultural urbano, sino desde una política de la representación del miedo, en donde el comercio informal o “ambulante” lo relacionan directamente con la delincuencia. De hecho, este “tema” es tratado preferentemente en la sección “Nacional” de los medios y rara vez en las de “Política”, “Sociedad” o “Cultura”. Y es que, coincidimos aquí,

“Pensar que las lecturas de la ciudad responden tan sólo al ámbito de las ideas, sería equivocado ya que dependen de definiciones políticas y económicas, de *habitus* incorporados, así como de instituciones y prácticas institucionales. Son el resultado de elaboraciones mentales, pero también de acciones no conscientes o poco conscientes: se generan en gran medida a partir de quehaceres cotidianos o de acciones institucionales dirigidas a construir un orden. Así las prácticas escriturales, o las acciones higienistas y de limpieza étnica; éstas no sólo han de asumirse como rutinas incorporadas, sino que sirven de base a la producción de significados: la ‘Ciudad Letrada’, la ‘Ciudad Moderna’”. (Kingman E. y Salgado, M., 2000:123).

El ordenamiento de la ciudad se observa en los textos de prensa seleccionados para este artículo como una aniquilación de todo aquello que se pueda percibir como “vivido” y no como una articulación entre aquellas expresiones –como el comercio callejero– propias de la vida de ciudad, especialmente las latinoamericanas, y la aspiración de un marco de seguridad que posibilite ciertas formas de convivencia en comunidad.

“Cada fin de semana, las tribus urbanas, comercio ambulante y artistas callejeros, entre otros, se apoderan del Parque Forestal, donde las peleas, el consumo de alcohol y la acumulación de basura son el saldo de la aglomeración de jóvenes y público que se junta en el sector. Así lo denuncian los vecinos, para quienes el barrio se ha convertido en una zona peligrosa, sucia y poco transitable” (La Tercera, 19 de marzo, 2009).

La marca, como se visualiza en el texto que precede, está dada por la campaña abierta que los grandes medios de prensa han catalogado como “la cruzada contra la

delincuencia”, donde se hacen cargo de discursos conservadores como los de Pablo Zalaquett, alcalde de Santiago y perteneciente a la alianza de derecha opositora al gobierno de la Concertación de Partidos por la Democracia. Más que a un ordenamiento articulado del comercio informal, se apela a un enfoque policial en el que el respaldo del gobierno es evidente –desde la transición a la democracia, a comienzos de la década de los 90- y así lo reproducen los medios.

“Casi cuatro centenares de policías -entre efectivos de Investigaciones y Carabineros- patrullarán el centro histórico de Santiago, la zona de Meiggs (Estación Central) y el Barrio Franklin como parte del plan de seguridad navideño 2008. Así lo anunciaron hoy el intendente metropolitano, Igor Garafulic, y el alcalde de Santiago, Pablo Zalaquett , en su primera actividad conjunta tras asumir sus respectivos cargos” (La Segunda, 11 de diciembre de 2008).

Lo anterior obedece al plan “Santiago más Seguro”, que considera al comercio informal como una fuente de delitos, construyendo un imaginario en donde comercio informal – incluido aquel de “servicios” como lo es la actuación de artistas callejeros- es criminalizado sin matices.

“Con la aplicación del plan especial en el centro de Santiago, durante el primer semestre de este año bajaron en un 39% los asaltos, en un 21% los lanzazos (robos por sorpresa) y en un 50% el comercio ambulante ilegal, en comparación con igual período de 2007. Por este sector transitan a diario 1 millón 600 mil personas. Tanto en la policía como en el Gobierno han destacado la aplicación del citado plan, dado que permitiría una mayor reacción del sistema”. (El Mercurio, 24 de noviembre, 2008).

Tema recurrente en las campañas municipales, el comercio informal es un tema polémico que los medios se encargan de levantar: “El comercio ambulante jugó como manzana de la discordia entre ambos candidatos por Santiago, que con fuertes dardos terminaron de encender la batalla por el municipio más codiciado del país. (La Nación, 30 de septiembre de 2008).

Siendo parte del *habitus* en ciudades como Santiago de Chile, comprar en el comercio informal responde a una relación “en dominancia” respecto de las condiciones de acceso a bienes y la posibilidad que otorga la economía informal vinculada a la economía del rebusque. En ese contexto, destaca cómo los medios adscriben a un modelo de desarrollo que desarticula y segmenta conceptos como cultura-seguridad-ciudadanía-consumo-espacio público.

“Hace once meses se puso en marcha la ordenanza de la Municipalidad de Santiago que estableció multas de entre \$30 mil y \$100 mil para los transeúntes que compraran productos a los vendedores ambulantes. Pese al resquemor inicial, actualmente un 56,1% de los residentes y trabajadores de la comuna apoya la medida. Así lo revela la segunda encuesta de percepción sobre el Plan “Santiago Más Seguro” realizada por Benchmark en agosto. La investigación muestra además que un 44,1% de la gente opina que el centro de Santiago ha mejorado y un 48,3% cree que el comercio ambulante ha disminuido”. (La Segunda, 25 de septiembre de 2008).

Raúl Alcalá, alcalde del periodo –opositor al gobierno- en que se aplicó esta encuesta, incluso se encargaba de instalar la imagen del centro histórico de Santiago como la del “*mall* abierto más grande de Chile”, un gran centro comercial en donde las relaciones debían estar cubiertas por una seguridad propia de espacios privados en donde se desarrolla el comercio bajo ciertas condiciones panópticas. Por tanto, esta imagen y esta concepción del espacio –un espacio mediado incluso por música ambiental permanente que emerge desde parlantes ubicados en los muros de los edificios que rodean y que convergen en la Plaza de Armas-, deja fuera la carga simbólica de una nación en construcción, una República en movimiento, reduciendo el valor de uso del centro histórico a un valor casi exclusivamente comercial-laboral (productivo) y monumental inmóvil del que también los medios se hacen parte.

Bajo ese escenario, la no regulación de lo que se entiende por comercio informal una vez más se reduce a cifras: “Entre enero y junio de 2007 (sin plan) fueron sacadas de la vía pública 2.260 personas que ejercían el comercio ambulante. En igual período de este

año la cifra bajó a 1.605 (...), debido al mayor control, los ambulantes están emigrando hacia zonas como Providencia, Estación Central o Recoleta” (La Segunda, 25 de septiembre de 2008).

A lo anterior se suma el factor étnico-social. Los medios, asimismo, tienden a validar el comercio ambulante de comida que, de alguna forma, se relaciona con un imaginario occidental marcado por los hábitos de consumo de zonas anglosajonas y europeas, promocionando su consumo incluso si estos no cuentan “con permisos”. Al mismo tiempo, “castigan” el comercio ambulante de comida latinoamericana, incluso si ésta responde a los parámetros sanitarios exigidos por la legislación vigente. En ocasiones se pueden leer textos como el que sigue, que articulan descriptivamente:

“Sopaipillas y frituras están dando paso a panqueques franceses, sushi, jugos naturales y hamburguesas vegetarianas ideadas por jóvenes y emprendedores. Quienes más consumen los nuevos productos del comercio ambulante son las mujeres, los jóvenes y los oficinistas que transitan a diario por los puntos de venta (...). Luis Martínez -conocido por la venta de maní-, señala que "en Chile ven al ambulante como para ayuda social. En otras partes esto se ve como un negocio, ese es un tema que hay que cambiar (...). En el centro y el sector poniente la comida al paso se ha apoderado de las calles. En Meiggs ofrecen jugos naturales y papas rellenas. Afuera de la Estación Cumming hay arrollados primavera y anticuchos. Lo mismo pasa en Santa Lucía” (La Tercera, 19 de septiembre de 2008).

En el centro histórico de Santiago también es posible encontrar carritos autorizados (aunque siguen en la categoría de comercio informal) de venta de “algodón de azúcar”, un preciado dulce tradicional hecho sobre la base del azúcar y un rosado colorante.

“Luego vino el algodón de azúcar, especialidad que adquirió Luis. “Con sólo mirar yo aprendía todos los secretos y de cabro supe que esto iba a ser lo mío. A los 17 años empecé a trabajar solo. Mi papá me armó el carro. También mis hermanos trabajan en lo mismo, son algodonereros. Estamos esparcidos por todos lados, en el sur, el norte, siempre con el carrito al frente (...)”. Luis siempre le

fue fiel al San Cristóbal, lugar donde ha permanecido a pesar de graves dificultades” (Las Últimas Noticias, 18 de febrero de 2008).

### **Artes de hacer, apropiarse y disputar**

Las redes sociales solidarias en la ciudad son parte importante de la concepción base de ciudadanía, por tanto el dinamismo que aquí se puede generar –y en donde el comercio informal o ambulante, como hemos visto no determinado por la delincuencia o al “pirateo”- será clave, tal como lo es el papel de los medios como intermediarios y constructores de representaciones de la ciudad como Santiago, una urbe en donde el “arte del hacer” ostenta también un valor estético en cuanto a estrategias de cotidianidad, en donde el comercio informal surgiría como una necesidad de apropiación territorial en contexto de mundialización.

Un arte de hacer que se expresa en la tensión producida por el uso público del espacio – la calle como lugar de expresión de libertad regulada- y la búsqueda por privatizar ese mismo espacio. Tal como ocurre en otros centros históricos urbanos, como en Ciudad de México, a saber:

“... para los establecidos (el comercio) es un problema mayor el que la presencia de los comercios callejeros les impida desarrollar su propio programa de privatización de la calle. Este conflicto de apropiación del espacio público da lugar a múltiples modalidades de negociación y regulación, sobre todo en los barrios antiguos o urbanizados desde hace tiempo. Desde la época colonial hubo leyes y reglamentos para prohibir o limitar el comercio ambulante. Su repetición es la prueba de que nunca lograron aplicarse totalmente”. (Monnet, J., 1996:16).

Es la modernidad occidental que se enfrenta a formas de socialidad (formaciones sociales) propias de una espacialidad latinoamericana ligada a condiciones de encuentros en la precariedad económica y en donde el estigma, como hemos visto, da cuenta de una mirada en la que los desarrollistas no se quieren detener y que nos recuerda todo lo “no modernos” que podemos ser. A esta segregación de clase se agrega un componente étnico identitario que en los últimos diez años ha permeado, a partir de



la inmigración peruana en Chile, los límites materiales y simbólicos del centro histórico de una ciudad como Santiago, que se resignifica para estos y otros colectivos como un espacio comunitario de identificación. El criterio pasa a ser étnico-social cuando se refiere al comercio informal de comida peruana, por ejemplo, y el intento de los administradores públicos locales por “erradicarlo” porque, más allá de los permisos sanitarios, “desordenan” el supuesto orden occidental sobre el que se ha construido y se sigue construyendo la República; una República que también se debate entre sus referentes originales franceses y aquellos actuales –sobre todo a partir de la década de los 80- orientados a los efectos homogeneizadores y globalizantes –blanqueador de las diferencias- de la puesta en escena del “centro comercial” clausurado en sí mismo que proviene de una programación propia de áreas periféricas.

“... si bien el comercio informal posee unas características depredadoras del espacio público de nuestras ciudades, tal y como están, es, también, una realidad sobre la cual debemos operar y dejar de ignorarla, creemos que este fenómeno puede ser contenido, de alguna forma, y aprovechado para completar el espacio programático de los espacios públicos que reclaman nuestras ciudades”.  
(Alvarez, A., 2007).

Es así como el ordenamiento siempre tiende a romperse y a ser enfrentado. Por ejemplo, una vez que las ordenanzas municipales de la comuna de Santiago intentan erradicar la venta callejera de comida peruana, son los propios comerciantes quienes se organizan para evitar la clausura y negocian con la imposición del orden salidas intermedias como es un espacio –tipo “patio de comidas”- que les permita seguir comercializando –en el corazón del imaginario republicano de Chile- comida tradicional de Perú. No obstante, esa negociación no ha estado exenta de reivindicaciones por el derecho a la calle como espacio de libertad por alojar el dinamismo de las redes sociales y el intercambio social y cultural.

En ese escenario determinado por la decisión de erradicar el comercio de comida peruana desde el centro histórico de Santiago, a comienzos de 2009, tanto el alcalde de la comuna como los comerciantes de este tipo de alimentos llegaron a un “acuerdo” para,

los últimos, evitar sanciones. La idea de trasladar, escindir (el otro afuera), y no de articular (intercultural) en el mismo espacio, fue la que primó.

“El alcalde de Santiago, Pablo Zalaquett, junto a un grupo de 60 comerciantes gastronómicos ambulantes formarán una mesa técnica para evaluar el traslado de las cocinerías en las que trabajan, a un costado de la Catedral Metropolitana, hacia un lugar más establecido. La municipalidad y los comerciantes barajan la creación de un patio de comidas latinoamericano con productos de diferentes nacionalidades, además de la forma de financiar su construcción. El jefe comunal descartó que el cambio se trate de un conflicto en particular con los peruanos, asegurando que "acá contra lo que yo estoy es la mala costumbre de la venta ilegal, de fritanga, de malos olores, de ocupar la Plaza de Armas" (...). De los 60 comerciantes que tienen sus puestos al costado de la Catedral Metropolitana, 50 de ellos viven en la comuna de Santiago, y han pagado en promedio 10 multas de 48 mil pesos (unos 80 dólares) cada uno por sus locales, por lo que están dispuestos a establecerse en un lugar definitivo” (Radio Cooperativa, 18 de febrero de 2009).

“La mala costumbre de ocupar la Plaza de Armas” es una afirmación y a la vez un juicio propio de un discurso discriminatorio que devela una política en donde el espacio público es visto como privado unívoco, un espacio patrimonial que se extravía en la idea del *mall*, del centro comercial cerrado y administrado por una autoridad –y mediado por unos medios- sin mirada crítica que sea capaz de articular sentidos políticos, económicos, culturales y sociales diversos. De hecho, la misma nota de prensa reproduce, sin siquiera contrastar otras fuentes que interpelen el discurso, lo siguiente, refiriéndose al comercio ambulante:

“"Todo lo que sea atentar al bien común, ya sea de peruanos, chilenos, ecuatorianos u europeos, va a ser castigado y perseguido por Carabineros, no tiene que ver con la raza", aclaró el jefe comunal (Radio Cooperativa, 18 de febrero de 2009).

¿Un bien común que no permite la vigencia de ciertas expresiones de un comercio que moviliza la ciudad en términos de flujo, patrimonio dinámico? Las redes sociales solidarias en la ciudad base de ciudadanía, por tanto el dinamismo que aquí se puede generar –y en donde el comercio informal o ambulante, como hemos visto no necesariamente vinculado a la delincuencia o al “pirateo”- será clave también en la referencia estética como un valor en cuanto a estrategias de cotidianeidad. Es ahí donde el comercio informal surgiría como una necesidad de apropiación territorial, en contexto de mundialización cultural (Ortiz, R.), que pone en valor prácticas no homogéneas de mercantilización y despliega una cierta resistencia a la normalización establecida por un comercio normado por reglas “ajenas” a la vida expresada en la calle como espacio abierto.

Se trataría de un espacio abierto y “de juego” en una ciudad como Santiago y en un centro urbano capitalino en constante movimiento de sentidos; una ciudad y un centro urbano que podrían ser leído como “heterotópicos” por quienes buscan aquí mejores condiciones y posibilidades de vida. Una búsqueda que tiene consecuencias directas en el espacio público, en el privado y en el social en el que intervienen, resignificando lo que Foucault llama la “ciudad heterotópica”, diversa y desigual, en donde convergen –yuxtaponiéndose, dialogando, negándose o ignorándose- “lugares reales, lugares efectivos, lugares que están diseñados en la institución misma de la sociedad, que son especies de contraemplazamientos, especies de utopías efectivamente realizadas en las cuales los emplazamientos reales que se pueden encontrar en el interior de la cultura, están a la vez representados, cuestionados e invertidos, especies de lugares que están fuera de todos los lugares, aunque sean sin embargo efectivamente localizables”. (Foucault, M., 1967, 1984 ed.).

Se trata de lugares que se transforman en territorios en disputa, en donde residen prácticas premodernas, modernas y postmodernas en itinerancia compartida, habitando la ciudad y sus fragmentos simbólicos en disputa por los sentidos de mundos populares y aquellos vinculados al “trabajo formal” de empresa y Estado. ¿Es posible la articulación atendiendo a las asimetrías e inequidades expresadas en las ciudades como sistemas de expresiones y representaciones de un tipo de modelo entregado a las reglas neoliberales? ¿Pueden ser estos espacios, como los centros históricos, apropiados por

este mundo popular dinámico al considerar el patrimonio simbólico de la ciudad como un referente también dinámico? Conviene aquí detenerse en procesos compartidos por otras metrópolis de América Latina respecto del “ambulante”, como se conoce el comercio informal en México. Es así como coincidimos con Duhau cuando sostiene:

“Ni los poderosos actores globales, ni las empresas formales en general, ni el gobierno, logran controlar de manera efectiva este mundo popular. Lo que significa que el espacio urbano, y en particular los espacios públicos donde se desarrollan prácticas sociales simultáneas y contiguas, son espacios disputados, y en muchas ocasiones apropiados exitosamente por grupos populares”. (Duhau E., y Giglia, A., 2008:14).

### **Aproximaciones finales a un mapa de enunciaciones**

Así, el centro histórico es un territorio que se constituye según las prácticas y los movimientos que esas prácticas culturales, basadas en la experiencia cotidiana, establecen en el “juego” que presiona sobre la norma y la resistencia que la constituye, a la vez que interpelan a quienes administran esas tensiones. El centro, como espacio de movilidad y fijación simultáneas, es relato y es sistema narrativo; un sistema fisurado por esa tensión permanente. Y es en los deslindes de este centro narrado, donde prácticas como el comercio informal disputa su espacio para articularse en un orden ciudadano, cuyo desorden también lo constituye como parte de las trayectorias de consumo transportadoras de un *habitus* en tanto realidad supuesta.

Es ahí donde el centro histórico es un espacio de enunciación mapeado por la modernidad y los simulacros postmodernos mediados por la comunicación establecida por los códigos de ese lugar resignificado en su actualización constante, los mensajes de un orden determinado por las políticas públicas, los medios insertos en los sistemas de representaciones y el mercado como regulador (por sobre o con el Estado). Bajo ese contexto, detenerse en “cómo” se usan estos espacios vividos, como un “retorno a las prácticas” en donde la calle y la “enunciación peatonal” (comerciantes y consumidores, sujetos a y de la ciudad) presionan sobre esos códigos y generan articulaciones entre la norma y la resistencia.

“Para empezar, si es cierto que un orden espacial organiza un conjunto de posibilidades (por ejemplo, mediante un sitio donde se puede circular) y de prohibiciones (por ejemplo, a consecuencia de un muro que impide avanzar), el caminante actualiza algunas de ellas. De ese modo, las hace ser tanto como parecer. Pero también las desplaza e inventa otras pues los atajos, desviaciones e improvisaciones del andar, privilegian, cambian o abandonan elementos espaciales” (De Certeau, M., 1996:110).

Y en ese “conjunto de posibilidades”, el centro histórico juega múltiples combinaciones de intereses en tanto apropiación del centro, lugares simbólicos de poder (histórico), “dignos” de ser protegidos aún, para algunos administradores públicos y medios de comunicación conservadores, a costa de restringir su uso como “lugares practicados”. ¿Cómo, una vez más, abrir las interrogantes hacia la articulación entre cultura popular, economía del “rebusque”, relaciones étnica-sociales y una noción de patrimonio con sentido social y dinámico y no sólo vinculadas a los “lugares de poder” sacralizados? Siguiendo a Monnet, y la necesidad que plantea –a partir del estudio de los centros históricos de México- de considerar que la multiplicidad de intereses particulares como “única garantía de la supervivencia de sus espacios públicos en su dimensión colectiva”, coincidimos con él cuando sostiene que el espacio público, en especial el de los centros históricos, no deben quedar sujetos a políticas elitistas que buscan privatizar –sin dimensión colectiva- una forma de estar y ser en la ciudad. Y en esa tensión,

“Varios intelectuales participan en el conflicto de apropiación del espacio público a través de maniobras sacralizadoras para excluir de todas las zonas consideradas como testimonio de la historia nacional, el comercio en general, y el ambulante en particular, esto para dejar lugar únicamente a los usos comerciales “dignos” del patrimonio, es decir elitistas (galerías de arte y artesanías, hoteles, restaurantes de especialidades gastronómicas, etc.)”. (Monnet, J.,1996:17).

En esa dimensión, la acción comunicativa que los medios y sus representaciones pueden generar son clave –por la presión que ejercen hacia ideólogos y administradores de

políticas públicas, y el puente que establecen entre comunidad, colectivos y sectores privados que organizan las identidades- para la reconstrucción de lo social en lo monumental que puede ser el centro histórico de ciudades como Santiago de Chile.

Las interrogantes se abren y constituyen un desafío que corre el riesgo de extraviarse cuando el abordaje no se centra en un(as) renovación(es) urbana(s) en sintonía con lo residual, dueto relevante para la centralidad y su puesta en valor. Si la ciudad se vive bajo una lógica de “seguridad nacional” -en donde la norma es la que impone un orden ficcional y no forma parte de un *habitus* bajo regímenes de verdad- la formación social que de la ciudad se desprende se anclará en supuestos de criminalidad difíciles de desmontar y no en supuestos de ciudadanía y tejido social en movimiento; un dinamismo que debería ser constituyente del proyecto político mediado y propio de una trama patrimonial no clausurada y volcada a la constante incertidumbre.

### **Referencias bibliográficas**

Alvarez, Aksel (abril 2007). “El comercio informal y la revalorización del espacio público”, ponencia V Encuentro de Latinoamericanistas CEISAL, Bruselas.- Bélgica Simposio: URB 1 *Modernización del comercio y transformaciones socio-espaciales en América Latina*. Disponible en <http://www.reseau-amerique-latine.fr/ceisal-bruxelles/URB/URB-1-ALVAREZ-Aksel.pdf>. Visitado en agosto de 2009.

De Certeau, Michel (1996). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. Ciudad de México: Editorial Universidad Iberoamericana.

Duhau, Emilio y Giglia, Angela (2008). *Las reglas del desorden: Habitar la metrópoli*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores, UAM.

Foucault, Michel (1967, 1984 ed.). “Des espaces autres” (De los espacios otros), conferencia dictada en el Cercle des études architecturales, 14 de marzo de 1967, publicada en *Architecture, Mouvement, Continuité*, n° 5, octubre de 1984. Traducida por Pablo Blitstein y Tadeo Lima. Disponible en [http://www.urbanoperu.com/system/files/Foucault\\_De+los+espacios+otros.doc](http://www.urbanoperu.com/system/files/Foucault_De+los+espacios+otros.doc). Visitado en agosto de 2009.

Kingman, Eduardo y Salgado, Mireya (2000). *El museo de la ciudad. Reflexiones sobre la memoria y la vida cotidiana*. Disponible en <http://www.flacso.org.ec/docs/sfdesculkingman.pdf>. Visitado en septiembre de 2009.

Monnet, Jérôme (1996). “Espacio público, comercio y urbanidad en Francia, México y Estados Unidos”, en *Revista Alteridades*, n° 11, Ciudad de México: UAM.